VIII

Por fin llegó el día señalado para la ceremonia.

La ciudad se despertó regocijada, vistiendo el traje de gala. Verdes enramadas alzáronse en las calles, plazas y portales de las casas para que á su sombra bienechora, en las horas calurosas, reposase la crecida muchedumbre que concurriese de todas partes del reino. de los lejanos cacicazgos y principados fronterizos, refrescando sus miembros estenuados por la fatiga del camino y tostados por el candente sol de los trópicos.

En las encrucijadas más céntricas y aun en no pocas de los barrios, se erigieron pequeños altares cubiertos de matizadas flores, olientes ramos y tallos tiernos, á los dioses lares.

Cabe los muros del sagrado recinto destinado á la ceremonia y en la más extensa de las plazas, aderezáronse mesas con todo género de manjares para que, pasado

el solemne acto religioso, los paladeasen y engullesen los viajeros que sin distinción de clases ni procedencias, aportasen por allí.

Desde las primeras horas de la mañana discurría el gentío por las calles engalanadas con colgaduras y flores, con arcos de bambués y follaje.

Enfrente del palacio real, al son de atambores, pitos de caña y silbatos de hueso de venado, bailaban ya algunas churriguerescas comparsas de diversos tipos, con el cuerpo pintarrajeado, cubiertos apenas los hombros, con el maztlatl en salva sea la parte y las mujeres con una rudimentaria camisa que andando el tiempo se perfeccionó en huipilli; ocultaban la cara bajo de una máscara grotesca ó espantable según caracterizaba el animal simbolizado, y saltando y brincando con tal vertiginosa rapidez que se confundían unos con otros, producían bruscamente: éstos, alaridos agudos; ésos, feroces gruñidos; y aquéllos, estridores profundos.

Sonó al cabo la deseada hora.

Una música compuesta de caracoles marinos, tambores hechos de conchas de tortuga, flautas de caña y campanillas de metal, rompió en desapacibles y salvajes acentos, á tiempo que la innúmera concurrencia de las calles, patios, azoteas y torres, asordeciendo con un ronco murmullo, se agitó con brusco movimiento, estremecida por una alegría desbordante.

Alineados todos, iban primero los caballeros y nobles del reino y los de la sociedad de coronados; á éstos seguían los embajadores de los príncipes que no pudieron concurrir al festival y los representantes de extraños señoríos; luego los reyes novios, en mitad de la comitiva, con su correspondiente cauda de favoritos; inmediatamente seguían

los grandes sacerdotes con pequeños ídolos en las manos, que representaban unos á Omecatl (1) otros á Tetlahuiani, (2) aquellos á Ometecutli y á Omecihuatl (3) y los de más allá á Tonatiuh y Mextli, (4) y á la postre marchaban los guerreros.

Todos vestían primorosos trajes, adecuados á su condición social; que les regalaron los reyes novios para que los lucieran en ese día y los conservasen como grato recuerdo de la fausta ceremonia y munificiencia de sus señores.

En esta vez el rey cubría su busto con un manto tejido de seda y hermosas plumas, bordado de oro, y lo demás de la vestimenta formábanlo las usuales prendas que ya le conocimos; la reina agregaba á sus adornos acostumbrados, millares de piedras finas colocadas en la corona, en los brazos, en los hombros, en las pantorrillas, en la garganta, en las orejas y sobre su amplia falda.

Deslumbraban con la riqueza de sus vestidos.

Correos apostados de trecho en trecho salían á la carrera para trasmitir la buena nueva á todos los puntos del reino y á los aliados convecinos.

Llegó la comitiva al interior del templo.

Los de mejor alcurnia y encumbrada prosapia formaron valla á los reyes al sentarse en sus tronos.

Las sacerdotisas principiaron el acto descorriendo las colgaduras que cubrían los colosales ídolos (5), y una oración grave y cadenciosa brotó de los labios de los sacerdo-

(1) Dios de los festines y banquetes.
(2) Dios de la borrachera.
(3) Divinidades de la fecundidad.
(4) Sol y Luna.
(5) Himeneo y Tlaloc.

tes respondiendo á ella todos con un vocerío atronador, imponente. El sumo pontífice tomó de la mano á la reina y la condujo al santuario de la izquierda donde fué recibida con regocijo y veneración por sus favoritas, cuatro esposas de los caballeros y dos sacerdotisas, que la ungieron con fruición las pantorrillas, las plantas, los brazos y las manos en señal de pureza. Hizo lo mismo con el rey llevándole al santuario de la derecha, con su banda de nobles y guerreros donde los sacerdotes laváronle las manos con fragantes esencias en testimonio del respeto que guardaría á su cónyuge.

A una señal dada con un atambor de palo (1), el novio, apartándose sólo del altar se dirigió al de la reina, conduciéndola al centro de la capilla Allí los sacerdotes incensaron con mirra y chapopote al desposado y las sacerdotisas con copalli (2) á la prometida. De seguida el príncipe máximo les indilgó una alocución sentida, pintoresca. en idioma nahuatl, acerca de su nuevo estado, de sus vínculos afectivos, de las obligaciones contraídas entre ellos y el reino y de su pronta prosperidad, terminando por invocar á los dioses representados en aquel sagrado lugar, por los dos númenes que presidían el rito.

Concluido esto, los enlazó de las manos y los condujo á sus tronos, lanzando al aire, las músicas que esperaban este acto, sus notas agudas, estridentes, formidables.

Encendidos los pebeteros que despidieron espesas nubes de embriagador incienso, el sacerdote ató la fimbria del vestido de la reina al extremo del manto del rey y levantándose todos, ordenadamente, dieron siete vueltas al templo, arrojando los desposados á su paso, piedras

(1) Teponaxtli.
(2) Copal.

preciosas, oro, plumas y otras lindezas en obsequio á los asistentes; echando granos de copalli al pasar frente al fuego de los pebeteros y dirigiendo palabras tiernas, dulces y sentidas á los dioses.

El rey regaló á la reina un hermoso aderezo de las más preciadas piedras del Perú; y ésta le donó su primoroso cetro de hoja de nenúfar y una escogida colección de armas ofensivas y defensivas.

Finalizando con esto el ceremonial salieron de la capilla en el mismo orden que entraron, dirigiéndose al Jardín de los Dioses, donde con impaciencia se les esperaba para el banquete.

IX

Inmediato al templo hallábase el Jardín de los Dioses, en el que las flores tropicales de todas clases y colores, las plantas de toda especie, los árboles y arbustos cargados de las bayas y pomas de la región, eran todo de oro. También lo eran los pájaros, los insectos y los reptiles que constelaban el suelo y cuajaban los árboles.

En el tronco de un tlilzapote (1) enroscábase la serpiente de cascabel, de verdoso fondo con matices dorados; sobre el césped dormitaba la hermosa culebra de plumas verdes; á un lado, sobre las agudas y dentadas hojas de; cerezo y moral (2), un ejambre de moscos (3) descansaba con la quietud soñolienta de las cosas inertes; al otro, en

(1) Zapote prieto.
(2) Capolín y amacapolín.
(3) Axayacatl.

los guayabos y ciruelos (1), picoteaban sus amarillos y rojos frutos los pericos y las calandrias (2); en este arriate, destrozando las tunas y pitahayas (3), una variedad de zenzontles y pitorreales (4) piaban, reían, se picoteaban y huían persiguiéndose con rapidez; allá, entre el prado libando las flores de los rosales, los chupamirtos (5) zumbaban en vertiginoso vuelo; y por todas partes nubes de chapulines (6) cubrían la hierba.

Había, además, en algunas avenidas, figuras de hombres, mujeres y niños de tamaño natural; y deseminados por entre la arboleda, sinnúmero de animales selváticos, todo de oro.

El jardín de forma cuadrangular, enmurallábanlo altas paredes entapizadas con láminas de oro, donde esculpiéronse maravillosos arco-iris, la vía láctea, estrellas de todos tamaños; rayos y relámpagos rasgando nubes grisáceas.

En la calle principal que servía de entrada á los reyes, surgían en ambos lados, alternando con la rica vegetación, estatuas de oro que representaban: á Jonacatecutli y Tonacacihuatl, los primeros dioses progenitores, habitantes del treceno cielo; al colorado dios Camaxtli y al negro Moyocoya, conocedor de los recónditos pensamientos y secretos del corazón; al divino Quetzalcoatl, fundador de una religión salvadora y de una moral cristiana, y al descarnado y óceo Omiteotl; á Oxomoco y Cipactonal, prime-

(1) Xalxocotl y Macaxocotl.
(2) Xiuhquechotl y Zacuan.
(3) Nochtli y Xoconochtli.
(4) Xochitenacatl y tzintzones.
(5) Huitzitzilines.
(6) Saltones.

ra pareja del mundo; á los cariamarillos Mietlantecutli y Michitecacihuatl, señores del averno; á Tlalocatecutli y Chalchiuhtlicue, las mayores divinidades del agua; á los risueños y graciosos Pilcintecutli y Xochiquetzatl, dioses de los amores; al Proteotolteca, Tescatlicopa, dios de la sangre, y á Tlaloc, dios de las azuladas montañas; al rojo Mixcoatl, rey del fuego, y á la hermosa Centeotl, patrona de las mieses; y al fin, á las guapas mozas Citlalatonac y Omecihuatl, estrellas resplandecientes.

Había otras deidades menores en las demás calles, entre ellas, los penates y lares de Ocelotlán.

En el centro de un rellano se levantaba un altar, ornado en sus cuatro ángulos con las figuras de Kan, Moluc, Ix y Canax (1), en el que se sustentaba una estatua labrada en oro representando un hombre de gallarda presencia, con larga barba y vestido talar. A sus piés estaba un animal raro figurando un león con garras de águila, sujeto por una gruesa cadena que iba á terminar en las manos de la estatua: era el símbolo del sol.

Por todas partes oíase el murmurio de los arroyos y de las fuentes—única cosa viviente en aquella vegetación artificial;—al término de una calle de árboles mirabais un surtidor; otros veíais en el centro, que se levantaban más allá de la cornisa del santuario del sol; penetrando por entre un grupo de árboles, sentiais salpicado el rostro por la menuda lluvia de una escondida cascada: por aquí y por allí, donde quiera que fueseis os encontrabais con agua que surgía y se filtraba, que cantaba y reía, que gemía y atronaba.

Frente al altar había una enorme fuente con una ta-

(1) Gigantes sostenedores de la tierra.

za que servía de lago á peces, ánades y patos, sostenida sobre trece ramas verdes: todo de oro

De muralla á muralla, telas de algodón, pintadas de amarillo, entoldaban el jardín.

La comitiva real, engrosada con las esposas é hijas de los nobles, guerreros y proceres, llegóse á una amplia terraza, y allí, y en las calles adyacentes cubiertas de arenillas de oro, colocóse para el festín. Los reyes en el fondo, sobre almohadones de seda, bordados de oro y piedras, y á sus piés, para posarlos, pieles de tigre y de nutria; los demás, por su orden gerárquico, sobre esteras finas labradas de colores. A pesar de los numerosos cojines que se hallaban desparramados, la mayor parte prefirió sentarse, unos al estilo morisco, cruzadas las piernas; otros en cuclillas, y las mujeres al huso egipcio, sobre sus remos.

Sobre blancos petates dispusiéronse mantas delicadamente trabajadas y de brillantes mosáicos, á guisa de manteles.

Enormes pilas de tortillas (1) en figuras de manos y pies humanos se elevaban en el centro en armónico consorcio con rimeros de tamales (2) envueltos en hojas de caña de maíz. Aquí un asado de venado, (3) depositado en bateas de madera fina, con salsa de tomate y chile, (4) alternaba con otro de conejo y de liebre; (5) allá en bandejas de plata, un guisado de codornices, palomas y otras aves monteses se estrechaba con los perros pajes y jorobados (6) preparados en barbacoa; junto al pescado blanco y de arena (1), cocidos, con enzalada de verdolagas y trozos de limón, que cosquilleaban el paladar con su sabor acre, extendíanse, cuan largas eran, las garzas morenas de pescuezos laxos y de pico azul y las cebadas gallinetas (2); á trechos, sobre anchos platos de arcilla labrada, se destacaban en conos los tostados y rojizos camarones (3) y los decapitados gusanos (4) de doble cola, sobre un fondo verde de quelites y Huasontles; (5) y en todas partes, dominando todas las emanaciones de las viandas con su pronunciado olor á especias, rebasando de las cazuelas de barro cocido, trascendía al ambiente el mole de guajolote. (6)

(1) Tlaxcalli.
(2) Tamalli.
(3) Mazatl.
(4) Tomatl y chilli.
(5) Tochtli, Citli.
(6) Iztcuintepotztli y Xolitzcuintli.

Los comensales se colocaron alrededor de los reyes y á lo largo de las calles, en grupos continuados.

Frente á cada cubierto y en medio de un vaso de ágata y una copa de alabastro, alargaban su torneado cuello las plateadas vasijas de pulque (7). En los extremos, y un poco distante de los platillos de frijoles gordos y manchados, montones de zapotes blancos, amarrillos y negros (8); olientes chico zapotes (9), grietosas y excrecentes ilamas, (10) almibaradas chirimoyas, (11) barnizadas anonas,

(1) Amilotl, Xalmichi.
(2) Azcatl.
(3) Alcocili.
(4) Izcahuili.
(5) Quilit, quauhtzontli.
(6) Molli de totollin.
(7) Neutli.
(8) Zapotl.
(9) Chilzapotl.
(10) Zamotl.
(11) Zacutzapotl.

(1) oblongos y rojizos mameyes, (2) huajilotes y huacamotes cocidos (3) y zonzas jícamas (4) extremecíanse al paso de la servidumbre; y, alguna vez, desprendiéndose algunas frutas, apabullaron los panales de miel y chapotearon el dulce de tejocotes, provocando la hilaridad de los comenzales.

Una hilera de esclavos escalonados desde la mesa nupcial hasta las cocinas hacían el servicio rápido.

La vajilla era de oro y plata con incrustaciones de pedrería.

Magestuosamente los desposados dieron la señal del comienzo haciéndose servir un platillo de faisán frito. Respondieron todas las mandíbulas. Centenares de manos se pusieron en movimiento. Quién con los dedos pulgar é índice deshuesaba el Xalmichi y el robalo; quién hacía con torpeza, pero rápidamente, la autopsía de una chachalaca ó de un gallo salvaje. Un cacique levantaba por lo alto el plato y llevándose sns bordes á los labios bebía á sorbos el tlemole de iguana; un sacerdote mordía con avidez un anillado gusano, chorreándole la grasa en el vestido talar; y una porción introducía trozos de tamales ó retazos de tortillas en el liquido guisado para hartarse con ellos, impregnados de chile.

Algunos esclavos retiraban los platos de los manjares agotados y arrimaban cañutos para fumar.

No había uniformidad en el servicio, ni la etiqueta señalaba la primacía de un platillo en orden á otro: todos tomaban á elección lo que era de su agrado.

(1) Cuatzapotl.
(2) Tetzapotl.
(3) Cuatzilote.
(4) Catxotl.

Las mujeres hermosas escanciaban el pulque y lo daban de beber á los príncipes y guerreros, volviendo el rostro hasta que les presentaban la copa vacía.

Bebían, además, de otro vino de miel y agua, mezclado con cierta raíz de un árbol, que producía deleitosa borrachera.

Pronto cundió el regocijo y convidáronse unos príncipes á otros; estos guerreros, á los de las provincias amigas; los embajadores, á los sacerdotes; las damas nobles, á las extranjeras: todos, conforme á sus particulares amistades, á la vecindad de tierras y á los respetos que entre ellos mediasen; así se llegó en breve á la embriaguez.

En un grupo, escuchábase el mareante murmullo de voces de los ancianos y los juramentos de jefes de tríbus; en este otro, la palabrería desbordante de los mancebos y las risas provocativas de las mujeres.

Los reyes sólo comían de unos hongos crudos que, haciéndoles subir algo de su sentido, los alegraban y regocijaban.

De tiempo en tiempo los esclavos sacaban en volandas el desmadejado cuerpo de un beodo para depositarlo sobre esteras, en una de las dependencias del palacio.

El sol ocultóse tras el Tlacotepec, fijando una cinta de gualda y ocre en el horizonte.

Lentamente las sombras de la noche bajaban de la cumbre y penetraban medrosas en el jardín, ocultándose avergonzadas de su desnudez entre la fronda y en los ángulos de los muros. A poco se exhibieron menos tímidas en las desembocaduras de las calles y surgieron de las plantas; y tras breve vacilar, adelantaron cubriéndolo todo con su oficio innoble de ennegrecer cuanto tocan.

———